

ANALIZA EN EL SIGUIENTE TEXTO TODAS LAS FORMAS VERBALES Y LAS PALABRAS INVARIABLES

Kaopi

Kaopi se fijó en su badai¹, sentado en cuclillas a su lado. Observaba el juego de Xura y de Nga, correteando junto al límite de la empalizada defensiva. Sus chillidos tenían música. Los ojos del anciano, poesía.

–Badai –dijo Kaopi–, cuéntame la historia del tiempo encerrado en la memoria. El ba² de su ba no se movió.

–¿Otra vez? –susurró.

–Quiero verla en mi interior.

–La llevas ya en tu interior.

–Pero brilla de una forma especial, diferente, cuando te la oigo contar a ti.

–Hace muchas estaciones, cuando éramos más de cien –comenzó a decir el anciano–, y aun antes, en el pasado del tiempo, cuando éramos la tribu más poderosa del mundo entre los dos ríos, los nezais sabíamos del orgullo de nuestra estirpe. En aquellos días...

Kaopi también cerró los ojos. Le gustaba imaginar a la tribu rebosante de vida, en un pasado en el que los jóvenes podían unirse a la compañera elegida y no a la que fuese más propicia o atendiendo a la necesidad de la supervivencia. Un pasado en el que al iniciarse la Gran Estación, después de las lluvias, los nezais vibraban en la fiesta de las fiestas y sus cuerpos desnudos bailaban en torno al fuego hasta la extenuación. Un pasado grato presidido por la vida.

La vida.

Los gritos de Xura y Nga se acentuaron. Abrió los ojos. Fue como asomarse a la realidad, imperiosa, evidente. La realidad de los últimos nezais. Los trece descendientes finales de lo que en otro tiempo fue la tribu más poderosa del mundo entre los dos ríos.

Trece.

Catorce cuando Tuma alumbrara al hijo que llevaba en sus entrañas, aunque todavía faltaban muchos amaneceres para ello.

Xura y Nga pasaron cerca, persiguiéndose la una a la otra. Eran las más pequeñas. La esperanza. El resto se hallaba ocupado en sus quehaceres cotidianos.

–Un día atravesaré el gran río. Nuestro mundo es enorme, pero sé que más allá hay otros mundos –continuó Kaopi–. En ellos ha de haber las respuestas que no tenemos aquí.

El anciano dirigió hacia él una mirada cargada de serenidad.

–Cada mundo es una vida –fue lo único que dijo.

Jordi Sierra i Fabra, *Kaopi*